

III

Por desgracia, la biblioteca de sor Eduvigis se agotó pronto y el tedio, expulsado durante unos días, volvió. Por otra parte, aquellas lecturas no eran agradables á los leprosos. ¿En qué iba á disminuir sus penas el saber que la hermana de Moisés fué la primera castigada por Jehová con el azote de la lepra? Job, Naaman, Epulón, Lázaro, pasaban por sus imaginaciones sin abrir las fuentes de la ternura y del consuelo, pasaban como dolores demasiado lejanos, casi fabulosos. La idea de que la dolencia que los abrasaba era un castigo, producía un sentimiento de protesta; hubieran preferido la lepra interior de que hablan las Escrituras; y no teniendo faltas horrendas que reprochase, consideraban injusto que otros pasearan gozosos por la vida la carne sin mácula. Unas veces sor Eduvigis les contaba cómo en la Edad Media, al aislar á los leprosos en chozas situadas lejos de los poblados, echaban sobre el techo de sus nuevas viviendas un poco de tierra del cementerio: símbolo

cruel de que acababan de morir; describíales las ceremonias que precedían al aislamiento y el triste son de la campanilla que anunciaba á los que venían á arrebatarlo para siempre al amor de los suyos, la capucha negra con que cubrían la faz del lazarino, hasta el desesperado y atónito mirar del infeliz, obstinado tal vez en fijar en su retina la imagen de la sociedad que lo repudiaba; y, al fin, en contraste con la medida implacable de las autoridades civiles, les recitaba las conmovedoras palabras de la iglesia: *Sic mortuos mundos, vivas interim Deo.*

Otras veces les leía antes de la hora de recogerse, el martirologio de los consagrados á aliviar el mal: San Francisco de Borja, San Pedro Claver, Santa Isabel de Hungría, Santa Catalina de Sena... Y á pesar de esta solicitud, las lecturas de la hermana no eran simpáticas: ni siquiera Antoñito acendrabla la miel espiritual de sacrificio de aquellas vidas consagradas á sus hermanos de podredumbre. El duque de Gandía, desolado ante el féretro donde los gusanos mostrábanle su amor convertido en carroña, le interesaba más que San Francisco; y las mansas heroicidades del padre Damián ó del reverendo Beyzin le impresionaban menos que las leyendas de San Julián el hospitalario, que la caridad sublime del Cid quitándose el guantelete para estrechar la mano de un le-

proso. En su entusiasmo caritativo, la monja no lograba explicarse el desvío con que sus lecturas eran escuchadas; donde ella gustaba poesía, abnegación, veían ellos únicamente un trasunto de sus dolores; todo cuanto tratara de la lepra estaba demasiado dentro de ellos; y preferían á las lecturas místicas la del periódico, eco de la vida sana y múltiple de que estaban para siempre expulsados.

Mas había una cosa que les hacía desear las lecturas de sor Eduvigis: su presencia. La primera vez que, para leer, se quitó la capucha, advirtiéndoles que no lo dijeran al médico ni al practicante, una emoción de curiosidad, de oscura gratitud, paralizó á todos. El mismo Samuel tuvo que reconocer que sor Eduvigis no era bonita; y, sin embargo... El óvalo de la cara espiritualizado por la toca, hubiérales parecido lácio, casi sin vida, á no ser por la luz con que lo iluminaban los puros ojos infantiles: ojos sin sexo, castos como el agua, que copiaban una de esas almas á quien hay que querer con el alma, sin intervención de ningún sentido. Hasta los dos viejos, apartados del grupo, cesaron de rumiar sus inconformidades y volvieron hacia ella sus rostros. ¡Hacía tantos años que no veían una cara de persona sana cerca de ellos!

Al día siguiente, don Manuel le pidió, en nombre de todos, que no volviera á quitarse

la capucha... "Ellos lo agradecían, lo agradecían con toda el alma; pero... Había médicos que aseguraban que no era contagioso, y en cambio otros... Serían aún más desgraciados si, por un exceso de bondad, por no ceñirse á las instrucciones de "el verdugo" y del practicante, se enfermaba del mismo mal que ellos." Al oírlo, un escalofrío agitó las tocas de sor Eduvigis; mas la voluntad y el corazón se sobrepusieron al instinto, y bajo los ojos infantiles entreabrióse la boca, sonriendo:

—Ojalá pudiera haber en esta casa menos ciencia y más religión; aquí la caridad toma demasiadas precauciones; no es murmurar, que Dios me libre... Si quieren que seamos buenos amigos, déjenme con mi capucha quitada y no hablen de eso.

Fueron dos meses dulces; hasta el mismo Juan lo reconocía. Nunca hubo en la casa aquel sosiego; las cosas se hacían, en apariencia, como siempre: la misma limpieza, la misma alimentación, el mismo método inexorable; pero el espiritualismo que sor Eduvigis sabía infundir á las labores más prosaicas, hacíanlas leves, dignas. Aun cuando el destino, tal vez para no acostumar mal á los leprosos, quiso, en compensación de este bienestar, que sus dolencias se agravaran, ellos estaban contentos, contentos. Ya Remigio no hallaba mal todas las comidas, ni paseaba como fiera enjau-

lada cuando granos purulentos le nacían debajo de la lengua, impidiéndole hablar y comer; la oreja derecha de Quico había comenzado á desprenderse, y una de las úlceras de Samuel, al cicatrizar, habiale formado un desnivel profundo en la cara. El hedor era más repugnante en la galería. Antoñito no lo dijo á nadie, pero la piel de sus manos se tornaba rugosa, como si los miembros se calcinaran ó se desmoronaran dentro de ella; ¡y era el mismo ardor que había sentido un año antes de que la lepra hubiera empezado á robárselos pedazo á pedazo, en aquellos pies con los que hubiera anhelado correr tantos caminos! Los dos viejos desaparecían bajo los vendajes; las postemas del de el cráneo rapado segregaban con el calor gotas de pus, y en cuanto sor Eduvigis lo descuidaba un momento para atender á otro cualquiera, las gotas se juntaban, caían en un hilo viscoso á lo largo del cuello, y había siempre una mosca tenaz cosquilleándolo, mortificándolo. Por eso, aunque les disgustaba oírle leer, no se atrevían á insinuarle el gusto con que escucharían otras lecturas, y se resarcían viéndola, arrullándose con las cadencias de su voz, tratando de olvidar el sentido de lo que leía.

Al llegar el Viernes Santo no sintieron, como otros años, el inmenso vacío que dejaba en el día la falta del periódico; y las ho-

ras en que se paseaban sin saber qué hacer, gustando á costa de sentirse aún más desventurados, el romper un día la monotonía de sus costumbres, sor Eduvigis supo hacerlas livianas con su charla; Juan no exigió carne según su costumbre, ni Remigio se permitió sobre la virtud nutritiva de las comidas de vigilia, las cuchufletas que tanto incomodaban á las otras monjas. Para cada uno tenía sor Eduvigis un cuidado especial, una palabra evocadora que iba á despertar ideas dulces y frescas dormidas en el alma. Samuel aseguraba: "Es la mujer más buena del mundo", y Juan: "Ésta sí que es una santa, y no los mamarrachos que plantan en los altares; Antoñito decía que era como si hubieran puesto una fuente en la galería, y esta idea tan abstracta, encerraba algo del pensamiento de todos. Por las mañanas, en vez de aferrarse al sueño como antes, se despertaban antes de que ella entrara á llamarlos, para no dejar de verla ni un momento.

Pero de súbito aquel paréntesis de dulzura volvió á cerrarse. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué al ardor caritativo de los primeros días, al deseo de estar siempre con ellos, sucedía un acelerado entrar y salir? ¿Qué le habían ellos hecho para que rehuyera hablarles y no se quedara ya á mortificarlos gratamente con aquellas lecturas que ahora echaban tanto de

menos? Un sombrío marasmo tendióse sobre la galería. Al verla llegar sólo en los momentos precisos, recordaban las pláticas inflamadas de celo; y sus llagas, al sentir el alivio de los cuidados materiales, hacíanles notar la falta de aquel anhelo fervoroso—bálsamo del alma—con que trataba de sustituir la manse dumbre y la resignación por una alegría sana, pura, prístina luz del espíritu libre de las preocupaciones de la carne. En vano se mostraban sumisos facilitándole sus labores; cada vez sus entradas eran más rápidas y, al través de la capucha que ahora cubría siempre la cabeza, ninguno podía adivinar la angustia de la monja, nostálgica también de la comunidad antihigiénica y caritativa de antes. ¡Ella que había soñado con captar para Dios el alma de Antoñito, con apartarlo de los folletines y aprovechar las ascuas de su imaginación para quemar en ellas el sagrado incienso de la fe!

Todas las tardes, á la hora en que acostumbraba á leerles vidas de santos y pasajes de la Biblia, las miradas convergían hacia la puerta por donde sor Eduvigis podía venir; no se decían nada con los labios; pero los ojos repetían de uno en otro la misma interrogación: ¿Vendrá hoy? Cuando la luz comenzaba á menguar, Remigio se alzaba de su asiento y á grandes pasos recorría la sala, refunfuñando que cada vez retrasaban más la hora de la co-

mida; los otros aún permanecían un rato sin hablar, ensimismados, hoscos. Los viejos rezongaban en su rincón y Antoñito pedía á Quico que subiera su carrito al quicio de una de las ventanas, desde donde, empinándose, veía á lo lejos, hacia el lado del mar, los mástiles de los navíos fondeados en el puerto, y hacia el otro lado, el camino de humo que un tren iba trazando sobre el verdor ya sombrío del campo; y aquel camino y aquellos mástiles le sugerían ideas de aventuras, y sus pobres muñones se agitaban sobre la tabla del carrito, como queriendo estirarse, hacerse piernas otra vez, llevarlo por el mundo...

Una tarde, al fin, en esa hora del crepúsculo en que las almas parecen más agudas, los leprosos exteriorizaron su dolor. Don Manuel manifestó de pronto sus temores de que alguno hubiera dicho algo desagradable á sor Eduvigis, y como todos estaban pensando en lo mismo, la conversación no pareció iniciarse sino contiuar. Ya dos ó tres veces Juan había sentido sobre sí el mirar acusador de Quico; y ahora, incitado por la idea de don Manuel, Remigio lo acusaba concretamente:

—Eso ya me lo veía venir yo.

—Le habrás soltado alguna palabrota de las tuyas.

—La culpa tenía que caer sobre mí, claro... Demasiado saben todos que ni siquiera hablo

cuando entra, para no dar pretexto... Más valía no echar culpas á nadie y pensar que ella no está leprosa como nosotros, que es joven, que el entusiasmo de los primeros días no podía durar; eso es.

—Quizás tenga razón Juan—dijo don Manuel.

Y Quico, con su voz cavernosa:

—Eso es como un político que entra prometiéndolo, prometiéndolo y luego hace igual que los otros.

Los ánimos parecían haberse apaciguado y el silencio sobrevino otra vez; cada uno prolongaba en su mutismo las opiniones, atribuyendo el desvío de sor Eduvigis á alguna indiscreción ó chisme de otro. Pero ¿de quién? Sólo Samuel se reprochaba, con conmovedora vanidad, sus miradas amorosas, sus palabras vulgares, pero henchidas de elogio sensual á la hermana... ¿Las habría notado y era esa la causa del desvío? No se daba él mismo cuenta de que la lepra ponía sobre su exuberancia de lascivo un pudor que velaba las intenciones y alejaba de quienes le oían toda sospecha. Samuel, constreñido á un espiritualismo carnal, tenía necesidad de estar enamorado; primero lo estuvo de una mujer que todas las tardes pasaba por el camino con una cesta; la distancia le borraba las facciones, y sin embargo él las contemplaba, las perfeccionaba; y

cuando un día la mujer, sabe Dios por qué, dejó de pasar, Samuel sufrió y tuvo en su mente imputaciones de quimérica ingratitud. Esa herida cicatrizó en su alma más pronto que las llagas de su rostro, y nuevas floraciones dieron aroma de pasión á su ser: se enamoró de una dama aristocrática cuya belleza y distinción alababan mucho los periódicos; la seguía, al través de las crónicas de salones, á bailes, á fiestas; y con esa injusticia de los hombres, que ha merecido el nombre gráfico de ley del embudo, le era infiel cuando sus veleidades sensuales lo impelían con otras damas tan desconocidas como ella, tan incorpóreas para él como ella... Tal vez esas damas sintieron alguna noche, en el hondo silencio de las alcobas, el fantasma de una caricia vagar por su carne, y creyeron soñar sin saber por qué, sin saber con quién, sin saber que era la fuerza de un deseo lejano quien las acariciaba... Ahora una nueva llama, más palpable, amenazaba asolar el huerto de las pasiones de quimera; por ley fatal Samuel se enamoró de sor Eduvigis, y como él sentíase abrasado, le era inconcebible que la que tal incendio producía pudiera pasar junto á él fríamente, sin advertirlo. Por eso en el silencio pensativo de todos, sólo el pensamiento de Samuel era temeroso, acusador y un poco halagador también. ¿Habría notado sor Eduvigis?... Desde lo alto de

su atalaya Antoñito contestó á la muda interrogación de todos:

—No; no es por nada de eso... Yo tengo la seguridad de que hay algo oculto en que nadie ha pensado.

Todos se levantaron y fueron hacia la ventana, casi coléricos, exigiendo que Antoñito aclarara el misterio que parecía esbozar:

—¿Es que tú sabes algo?

—No; no.

—Sí; tú sabes algo; no lo niegues.

—¡Hay que decirlo!

—Es un presentimiento; lo juro.

Una excitación de locura turbaba á todos. Remigio, haciendo un esfuerzo que hizo asomar á las cicatrices de su rostro una sangre violácea, casi negra, cogió con las dos manos el carrito del inválido y lo alzó amenazadoramente:

—¡Dí lo que sabes, ó te estrello!

Antoñito clamaba entre protestas de ignorancia. De pronto, cambiando su expresión de terror por otra éxasperada, exclamó:

—¡Tírame de una vez, fuerte, contra el quicio! ¡Ojalá quel...

Uno de los viejos murmuró:

—Déjalo; ¿qué ha de saber el pobre?

El otro viejo ni siquiera se había movido: hierático bajo sus costras ennegrecidas, no oía ya las voces del mundo. El grupo se deshizo;

una ráfaga que vino del mar devolvió la calma perdida. Remigio, después de colocar dulcemente el carrito en tierra, puso su manaza en el hombro de Antoñito y le dijo con su voz adusta, enternecida:

—Delante de todos te pido perdón, Antoñito... Tú sabes lo bruto que soy.

Antoñito tuvo que dominarse para no llorar; sentíase orgulloso, feliz... ¡Aquello era casi una aventura! En la conciencia de todos había ya surgido la certeza de que el inválido no sabía nada, y Quico, para concluir con el malestar de la escena, propuso:

—Hay que saber lo que tiene la monja y lo mejor es preguntárselo.

Como siempre, fué don Manuel el comisionado para hablar en nombre de todos. Cada vez que entraba la Hermana un silencio expectante surgía y veíase inclinar á don Manuel, remover sus labios tumefactos..., pero la monja volvía á marcharse sin que las palabras hubieran sido dichas, y ninguno osaba reprochar la sentimental cortedad.

Una mañana á la hora de la cura, como sor Eduvigis se quitara con impremeditación uno de los guantes de goma para hacer mejor el vendaje, el practicante le advirtió:

—Recuerde usted que el doctor no quiere mimos ni tonterías; esto no es un asilo, sino un hospital, y hay que hacer las curas como manda la Ciencia.

—Bien, bien... Cualquiera tiene una ligereza, cristiano.

—Daré parte al director; es mi deber.

Fué Quico quien oyó esta disputa y la contó en seguida á los demás. Por la noche, al entrar la Hermana, don Manuel le habló al fin:

—Nosotros quisiéramos disculparnos con usted, sor Eduvigis, por haber pensado que estaba cansada de ser buena con nosotros; hoy hemos sabido que no es usted, sino...

Los otros no pudieron ya contenerse, y empezó el rosario de lamentaciones y amenazas:

—Es el practicante y *El Verdugo*, que no quieren que se nos trate bien.

—Nosotros fuimos los primeros en decirle que no se quitara la capucha.

—Un día voy á coger yo por el cuello al practicante y...

—Calle, callen por Dios.

—Ya decía yo que usted no podía ser igual que las otras.

—Tienen miedo de que nos insubordinemos y de que haya aquí un plante, como ya hubo una vez.

—Si usted quisiera llevar una denuncia que yo escribiera á los periódicos...

Tras de la capucha, los ojos atónitos de la monja veían las caras hostiles de los leprosos, y no sabía qué decirles. Poco á poco se iba retirando hacia la salida. De súbito, como si

hubiera hallado la puerta por donde escapar á la indignacion afectuosa de su rebaño, dijo:

—Por charlatanes, no saben aún una cosa importante... Déjese usted de protestas, hermano Juan... ¿Se calla? Pues oigan y alégrese: Mañana tendrán á un nuevo compañero que el Señor les envía. Un niño: tiene siete años y se llama Ramón.